

COLABORACIONES

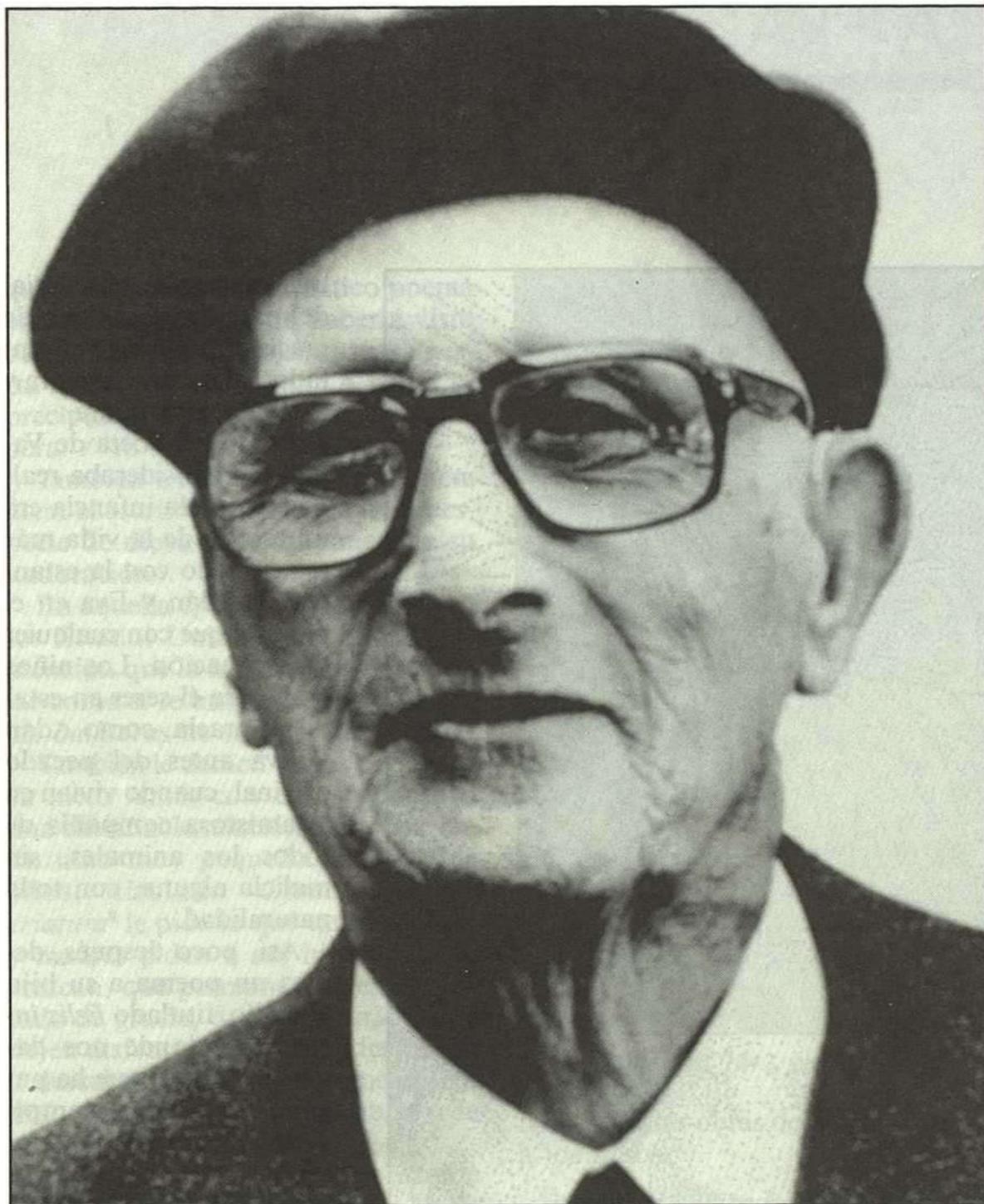
Jorge Guillén y los niños

por Antonio A. Gómez Yebra*



Jorge Guillén con niños y niñas, que le felicitaron y le entregaron poemas y dibujos el día de su 90 cumpleaños, en Málaga.

Este año se cumple el centenario del nacimiento de Jorge Guillén (Valladolid, 1893-1984), uno de los más destacados poetas españoles de la Generación del 27. Es, pues, un buen momento para revisar su obra, o una parte de ella. Quizá no todo el mundo sepa, por ejemplo, que el poeta vallisoletano dedicó muchos versos a la infancia, en general, y, cómo no, a sus hijos, nietos y biznietos. De la pasión de Guillén por los niños, y de la plasmación de este sentimiento en su poesía trata el siguiente artículo.



Jorge Guillén.

JORGE GUILLÉN PARA NIÑOS, MADRID: EDICIONES DE LA TORRE, 1984.

La relación de Jorge Guillén con los niños puede analizarse desde dos puntos de vista: su amorosa entrega a los hijos, nietos y demás miembros de su familia, que se extendió a los demás niños en general, y la manifestación de ese cariño por medio del verso.

De una y otra manifestaciones tuve la oportunidad de comprobar sus efectos en numerosas oportunidades, porque el poeta era un estupendo observador, y no se le escapaba el menor detalle de lo que hacían los niños, a los que prestaba una atención especial, y todo lo que le atraía pasaba a formar parte de su mundo poético.

Los primeros niños que captaron su

interés como poeta no fueron sus propios hijos, porque parece demostrado que su poema *Cuna, rosas, balcón*,¹ se le ocurrió cuando nació un sobrino de su primera esposa, Germaine Cahen. Es entonces cuando se fija en que un recién nacido es una rosa, y advierte que apenas se puede distinguir su individualidad, su humanidad; es algo así como un cachorrillo, una cría. Pero un cachorrillo, a fin de cuentas, humano, porque observa que en la cara del recién nacido hay ya un apunte de sonrisa. Y todos sabemos que la sonrisa y la risa son evidentes señales de humanidad, y que si alguna vez las notamos en el rostro de algunas crías de animales supe-

riores nos resultan amables, casi humanos.

En aquel primer poema sobre un niño concreto —un poema que sufrió numerosas transformaciones— el poeta se quedaba extasiado ante los hoyuelos del bebé, consideraba que su llanto no era otra cosa que «trémulas fuentes», y que sus gemidos guturales, sus pequeños gritos eran «píos», como si se tratase de un pollito o un pájaro recién nacido llamando a su madre. Esto es, Guillén consideraba que el niño permanecía en un estado próximo al de las demás crías de los animales superiores, y que apenas se podía diferenciar de ellas, porque aún no manifestaba su «alma», apenas daba señales de humanidad.

Algo más tarde, probablemente cuando había nacido alguno de sus hijos, tal vez Teresa, escribió un nuevo poema sobre el asunto, y en éste, donde se fija en un niño algo mayor que el de *Cuna, rosas, balcón*, ya no habla de un ser apenas diferenciado de los cachorros de los animales superiores. A ese poema lo titula *Niño*,² y, aunque sabemos que se trata de un bebé todavía (porque en una de las versiones lo nombra así), ya es un niño que camina, un niño que hace travesuras, un niño, seguramente, de los que lo cogen todo, lo tiran todo, lo rompen todo, un niño que acaba de aprender a andar, y que siente curiosidad por todo lo que le rodea: un niño tan activo que lo llamará «máquina turbulenta». Pero es, al mismo tiempo, un niño (niña) que lo tiene cautivado, un niño que no deja de reír, de hacer gracias, de jugar. Ése es el niño al que Jorge Guillén denomina «Poeta de los juegos / Puros sin intervalos», el niño que jamás se está quieto. Por eso dirá de él que es «el mar, el mar intacto».

Algo más tarde, y seguramente tras una jornada en la playa con sus propios hijos, Teresa y Claudio, escribe el poema *Playa (Niños)*,³ donde llega a decir de ellos que están guiados, incluso defendidos, por el sol, como

si el sol fuese su ángel de la guarda. Ese sol que guía las manos de los niños que juegan con la arena, con las conchas que se encuentran en la playa, y con las olas —como tantos y tantos niños de todas las épocas—, los convierte (a los niños) en criaturas solares, criaturas que llegan a rendirse, por fin, al cansancio, y se tumban para recibir los deliciosos rayos en su piel.

En ese poema los niños llegan a ser una especie de hijos del dios-sol: tienen cabellos rubios, y en la tónica clásica, los cabellos dorados siempre se han comparado con los rayos de sol.

Quiere esto decir que Jorge Guillén considera que los niños forman parte, por derecho propio, de la Naturaleza virgen, en la que destacan por el fuego vivísimo, sobrenatural, del espíritu. Lo cual queda confirmado en un poema de su segundo libro donde dice: «Una vida animal / Llameante de espíritu». ⁴ Los niños pequeños son como las crías de los animales superiores, pero se distinguen de ellas por el fuego de su espíritu.

Y, por si todo ello fuera poco, el poeta siguió observando a sus propios hijos y los ajenos, escribiendo sobre todo lo que hacían. Así, cuando Mari Carmen, hija de su amigo Víctor Navarro, no había alcanzado aún la categoría de párvulo, pero quería llamar la atención de su padre llorando, le dedicó su poema *Hija pequeña*, ⁵ en donde considera que el llanto es la primera poesía de la niña. Justo lo contrario de lo que la mayo-



JOHN ROSENFELDT, JORGE GUILLÉN PARA NIÑOS, MADRID: EDICIONES DE LA TORRE, 1984.

ría de los padres piensan cuando sus hijos empiezan a llorar, y no hay forma de averiguar por qué. Cuando un padre o una madre normal pensarían que el niño es una pesadilla, que es un llorón inaguantable, que ya es hora de que lo deje descansar, Jorge Guillén piensa que la niña está haciendo su primera poesía, y que el llanto es

una especie de manantial del paraíso, algo lleno de gracia natural, algo encantador, algo que enamora y arrebató a su padre.

Porque el poeta de Valladolid consideraba realmente que la infancia era un estado de la vida más relacionado con la estancia de Adán y Eva en el paraíso, que con cualquier otra situación. Los niños eran para él seres en estado de gracia, como Adán y Eva antes del pecado original, cuando vivían en la amistosa compañía de todos los animales, sin malicia alguna, con toda naturalidad.

Así, poco después, dedica un poema a su hijo Claudio, titulado *Feliz insensato*, ⁶ donde nos damos cuenta de que ha pasado mucho tiempo extasiado, «embobado», mirando al niño mientras juega.

Por aquel entonces, el chico debe andar entre los 2 o 3 años y es todo vitalidad, con una fantasía desbordante. Una fantasía que le hace meterse debajo de una mesa diciendo que ésa es su cueva, o que el brazo del sillón es un tobogán desde el que se va a lanzar al vacío. También en este poema el poeta-padre considera que el niño vive en un período de su vida en que no conoce el mal, y que, por esa razón, el niño es inmortal, como los propios dioses; es un pequeño dios, realmente «adorable».

Con el paso del tiempo, Jorge Guillén llega a ser abuelo, y escribe poemas a sus nietos: Isabel, Antó y Anita, hoy todos ellos adultos.

Cuando Isabel era todavía muy pe-

queña le dedica un simpático poema en aleluyas después de haberla visto bailar. El poema empieza así: «Nuestra Isabel, tan chiquita, / A bailar se precipita. / Y alza una voz que no espera: / Yo traigo la primavera».⁷

También en el caso de su primera nieta el escritor veía en ella a una especie de diosa-niña, que merecía su «adoración».

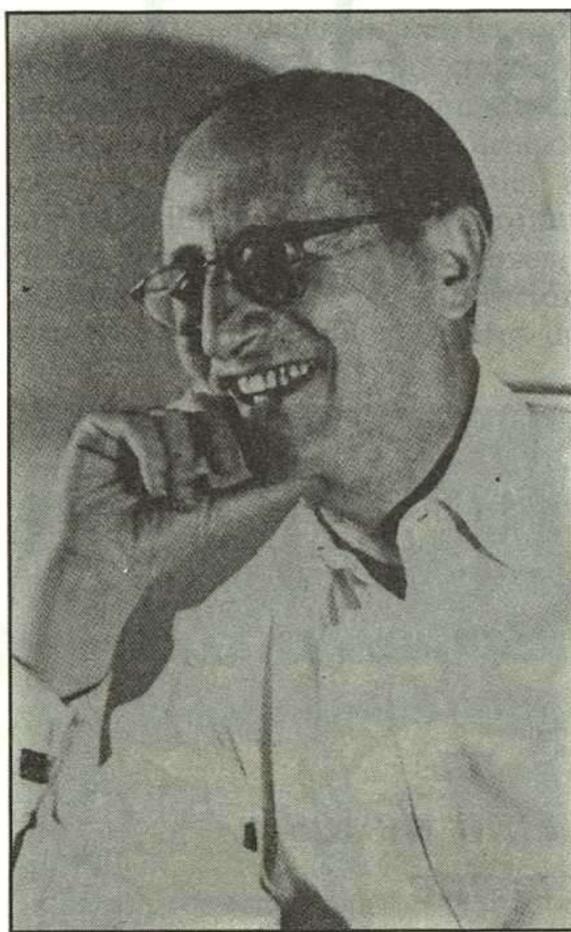
En aquella época, el poeta vivía en los Estados Unidos, y le llamaba la atención que la niña arrancara a bailar como si se hubiera contagiado de las *bailaoras* de su querida España.

También le dedicó varios poemas a su nieto Antó, con el que mantuvo una entrañable relación desde que era un niño muy pequeño. En uno de ellos, titulado *Creación para criatura*⁸ le pide lo que tantos padres y madres piden a sus hijos: que no crezcan, que permanezcan en ese estado de gracia, de inocencia, que les dejen disfrutar de su candidez, de su ir descubriendo el mundo, que ya tendrán tiempo de hacerse hombres y de verlo todo de otra forma.

Y a su nieta Anita, que más tarde heredaría su afición a escribir —ha escrito ya una novela, en inglés, por supuesto, es norteamericana— le dedicó un poema,⁹ unos meses después de haber nacido. En él destaca cómo la niña se mira las manos y se las lleva a la boca como si quisiera comerse las, o cómo se impacienta y patalea cuando quiere algo.

Posteriormente escribió poemas a los niños en general, y a muchos niños individualmente, como a sus propios biznietos. Y más tarde, ya asentado definitivamente en Málaga, demostró su cariño a todos los niños, cuando, estando hospitalizado con una dolencia de riñón, consintió en ser el padrino de la hija del doctor que con tanta solicitud lo atendía. La niña se llama Leyre Rosa, y es ya estudiante de Bachillerato.

Por aquellas fechas, después de leer mi libro *Algo de teatro infantil*,¹⁰ me envió un poema que le habían inspi-



Jorge Guillén en 1942, en EE.UU.

rado aquellas obras dedicadas por mí a los niños:

Esos niños aún pequeños
de los mayores son dueños.

Inocencia dice gracia,
siempre a todo mal reacia.

Con su instinto de teatro
dos y dos son más de cuatro.

Actores de nacimiento:
—La escena de pronto invento.

Mundo real, ya fantasía,
paraíso todavía.

Único caso existente.
¡Edén! Se fue de repente.

Van de sorpresa en sorpresa.
viaje al futuro no cesa.

Sonríen. Lloran con rabia.
Motivo habrá, nunca en Babia.

Aunque nadie se lo mande,
va el niño a un mundo más grande.

Niño: porvenir incierto.
¿En desorden o en concierto?¹¹

Fue uno de los últimos poemas que

escribió sobre los niños, aunque me confesó personalmente que le hubiera gustado escribir un libro de poemas dedicado expresamente a ellos, pero le había faltado tiempo para hacerlo.

Un mes antes de morir tuvo la ocasión, sin embargo, de ver editado el libro *Niños*,¹² donde se habían recogido todos los poemas que él les había dedicado, o donde hablaba de la infancia en general. Se sintió tan satisfecho como cuando, al cumplir los 90 años, se vio involucrado en una fiesta donde los niños lo rodearon por todas partes y coreaban su nombre con fuerza. Fue, probablemente, uno de los días más felices de su vida. Tanto, que llegó a exclamar que jamás se hubiera podido imaginar semejante fiesta infantil y adulta porque un hombre cumplía esa edad.

Pero no era un hombre cualquiera, sino Jorge Guillén, el poeta que supo estar siempre a la altura de las circunstancias, tanto cuando escribía para adultos, como cuando reflejaba su interés por los niños: fue un poeta completo, uno de los mejores de la Literatura Española de todos los tiempos. Los niños malagueños que tuvieron la fortuna de conocerlo, y los que encuentran tiempo para leer su obra, se saben afortunados. ■

* Antonio A. Gómez Yebra. Universidad de Málaga.

Notas

1. De *Cántico-28*. Hoy en *Cántico*, Valladolid: Centro de Creación y Estudios «Jorge Guillén», 1987, p. 78.
2. *Cántico*, p. 37.
3. *Ibidem*, p. 491.
4. «La niña y la muerte», *Clamor*, Valladolid: Centro de Creación y Estudios «Jorge Guillén», 1987, p. 538.
5. *Cántico*, p. 258.
6. *Ibidem*, p. 124.
7. «Adoración de la criatura», *Clamor*, p. 32.
8. *Clamor*, p. 106.
9. «Más creación», *Clamor*, p. 410.
10. Málaga, Universidad, 1978, 1983.
11. El poema se editó como prólogo a mi libro *Travesuras poéticas*, Málaga: Universidad-Museo Diocesano, 1979; y posteriormente en *Final*. Puede verse en la edición de Valladolid, Centro de Creación y Estudios «Jorge Guillén», 1987, pp. 225-226.
12. Málaga: Bégar Ediciones, 1984.